

YACHAY ADHIERE A UNA LICENCIA CREATIVE COMMONS

ATTRIBUTION-NONCOMMERCIAL 4.0  
INTERNATIONAL – (CC BY-NC 4.0)



DOI: <https://doi.org/10.35319/yachay.202582176>

Justo, Emilio J. *Una Iglesia viva. Claves teológicas y espirituales para la renovación*. Ediciones Sígueme, 2025. Nueva Alianza 266. 144p. 18x13cm. ISBN: 978-84-301-2274-5.



Emilio Justo se ha ido consolidando como una de las voces teológicas más lúcidas del ámbito hispano. Este libro se sitúa en el cruce entre diagnóstico cultural, reflexión dogmática y discernimiento eclesial, centrándose ahora en la cuestión de la renovación de la Iglesia.

El libro se articula en cuatro partes bien trabadas –“Una Iglesia centrada en Jesús”, “El dinamismo de la renovación”, “Ámbitos de renovación” y “Comunidades cristianas vivas”– precedidas por una introducción y cerradas por una conclusión. La tesis fundamental se formula de manera explícita: la renovación eclesial sólo puede pensarse desde un cimiento eclesiológico decisivo, según el cual “la Iglesia vive de y con Jesús, pues tiene en él su centro y está llamada a centrarse en él” (p. 11). De ahí que la vida de la Iglesia se entienda como derivada de su relación con Cristo: “La Iglesia tiene su fuente de vida en la relación con Jesús y toda su acción nace de su identidad evangélica. Por eso, el ser eclesial y el camino de renovación sobre el que se va a reflexionar en este libro han de entenderse desde Jesús” (p. 27).

El punto de partida del discernimiento propuesto es una lectura teológica del contexto cultural actual. Justo describe el horizonte posmoderno como una cultura de matriz nihilista, marcada por la crisis del sentido y, al mismo tiempo, por un consumismo que enmarcara dicho vacío ofreciendo sucedáneos de plenitud. En esa cultura, la pregunta por el significado último se diluye en la lógica del “aparecer” y del estar permanentemente activos y conectados. El análisis se detiene de modo particular en la sociedad de la comunicación digital, que “brinda grandes posibilidades comunicativas” y en principio debería favorecer la libertad y la diversidad; sin embargo, “en esta lógica propia del nihilismo posmoderno, que deja de preguntarse por el sentido para centrarse en el aparecer y permanecer permanentemente activos y conectados, expuestos en el mundo digital, [...] la sociedad de la comunicación [...] potencia la uniformidad y la homogeneización que imponen la presión social de moda y los poderes anónimos que buscan el beneficio” (p. 21).

Esta lectura no es meramente sociológica: apunta al corazón de la sacramentalidad eclesial. El autor subraya que la comunicación virtual, cuando se absolutiza, pone en riesgo la densidad de las relaciones corporales que hacen posible la mediación sacramental. Sin la corporalidad, recuerda, “no es pensable la sacramentalidad”: lo digital corre el peligro de “difuminar el modelo encarnativo al que la Iglesia debe su fidelidad” (pp. 22-23). Por ello, la Iglesia está llamada a custodiar la forma encarnada de la relación –el encuentro personal, el rostro, el vínculo estable– como condición para seguir siendo signo e instrumento de la comunión que proclama (LG 1). En este contexto, resulta especialmente

significativa la invitación a una cierta ascesis de la acción: “Sería oportuno hacer menos cosas y pensar más” (p. 25). Frente al activismo que reproduce lógicas de rendimiento, la teología es llamada a ofrecer tiempo y espacio para el discernimiento.

Sobre el trasfondo cultural se comprende mejor el desplazamiento central del libro: una eclesiología cristocéntrica que reinterpreta la renovación como retorno a lo esencial. La Iglesia no es un fin en sí mismo, sino el medio histórico y sacramental al servicio del encuentro con Jesús; sin embargo, no se plantea una dicotomía entre Cristo e Iglesia, porque “la Iglesia es de Jesús” y, en su ser, lo representa. El autor recoge aquí la línea conciliar que define a la Iglesia “en Cristo como sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1). Jesús confía a sus discípulos –amigos y hermanos, no meros ayudantes– el mandamiento del amor, y de esta comunión nacen las formas históricas e institucionales del ser eclesial.

En continuidad con esta perspectiva, la Tradición aparece como mediación viva de la revelación. Justo insiste en que la renovación no consiste en inventar una Iglesia nueva, sino en dejar que la Iglesia sea la misma de siempre, actualizada en cada tiempo desde el Evangelio. “Lo decisivo de la Tradición es cómo vivimos esto que nos llega, porque lo que hace que sea una Tradición viva no está en mantener sin más formas del pasado o en repetir algo, sino en vivir actualmente eso que recibimos” (p. 38). La Tradición, así entendida, no es un lastre inmovilista, sino el espacio donde el Espíritu actualiza hoy la memoria de Jesús. Por eso el autor puede afirmar con fuerza: “Sin su Iglesia, Jesús no es comprensible; sin la Iglesia, la salvación no alcanza a los hombres” y, al mismo tiempo, “sin él (Jesús) nada de lo que hace la Iglesia tendría sentido ni fuerza” (pp. 40-41).

El papel del Espíritu Santo resulta aquí decisivo. La Iglesia es presentada como realidad simultáneamente santa y pecadora, llamada a una conversión constante. “El Espíritu es el alma de la Iglesia” (p. 49) y “el agente principal de esta renovación constante” (p. 58). En otras palabras, la reforma eclesial no se reduce a estrategias humanas ni a reajustes organizativos: es, ante todo, obra del Espíritu que recrea el corazón de los creyentes y purifica las estructuras para que estén al servicio del Evangelio. El insistir en esta dimensión pneumatológica

permite al autor mantener una tensión equilibrada entre responsabilidad histórica y confianza en la iniciativa de Dios.

Uno de los aportes más valiosos del libro es la explicitación de diversos criterios para un proceso auténtico de actualización eclesial. El primer criterio es el arraigo en lo esencial. Frente a la “tentación extendida del activismo”, se propone dejar de hacer ciertas cosas para concentrar las energías en lo fundamental, de manera que resulte visible qué es lo que realmente ocupa el centro de la vida eclesial.

En segundo lugar, la renovación requiere una doble conversión, personal y estructural. El autor distingue con acierto entre aquellas estructuras que son constitutivas de la Iglesia y, por tanto, permanentes, y aquellas que pueden o deben ser transformadas. Se trata de ejercitar un discernimiento que evite tanto la sacralización acrítica de las formas históricas como la voluntad de ruptura que desconoce la dimensión sacramental de la Iglesia. En tercer lugar, aparece el criterio del cuidado de la comunión: el amor ejercido en lo concreto, lejos de cualquier idealización perfeccionista de la vida eclesial. La Iglesia no es un espacio de “puros”; la posibilidad de disentir no se plantea como ruptura de la comunión, sino como expresión de una legítima diversidad acogida en la unidad.

Especialmente sugerente es el cuarto criterio, formulado en términos de sencillez de formas y confianza. Justo advierte sobre el riesgo de banalización de ciertas palabras hermosas –“comunión, misión, participación, misericordia”– y de otras convertidas en eslóganes poco precisos –“sinodalidad, ecumenismo, transparencia”–. “La sencillez deja ver lo esencial, favorece lo realmente importante y ayuda a concretar” (p. 70). En una época de abundancia retórica, la llamada a una sobriedad de lenguaje y de gestos, que haga transparente lo que se confiesa, resulta particularmente pertinente. A estos criterios se añaden el coraje (la valentía de asumir decisiones costosas cuando el Evangelio lo requiere), la paciencia (para no desanimarse ante procesos largos y ambivalentes, donde coexisten fidelidad e infidelidad) y, finalmente, la pobreza. Este último criterio reorienta de raíz la comprensión de la reforma: “Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles” (Sal 127,1); una Iglesia que se confía radicalmente a la providencia no absolutiza sus medios ni su eficacia.

El libro dedica páginas de gran interés a algunos ámbitos concretos donde se juega hoy la credibilidad de una “Iglesia viva”. Se afirma que la renovación ha de nacer de lo concreto, de las comunidades reales. No se concibe una reforma exclusivamente interior o espiritualista: si la conversión no repercute en las estructuras, en los estilos de vida y en las prácticas pastorales, queda desmentida por los hechos. En este sentido, la liturgia ocupa un lugar central. No es posible una auténtica reforma eclesial sin una profunda vivencia litúrgica, porque es en la celebración eucarística donde la Iglesia descubre y actualiza su identidad. El autor formula aquí una crítica seria a la multiplicación acrítica de celebraciones que diluyen el sentido eucarístico y empobrecen la experiencia del misterio. Se propone, en cambio, fomentar la oración, la lectura de las Escrituras, los encuentros fraternos, el compromiso cívico, las acciones caritativas y la ayuda mutua como expresiones complementarias de una Iglesia que vive de la Eucaristía y la traduce en caridad.

Otra línea especialmente incisiva es la que concierne al lenguaje y a la economía eclesial. La renovación supone también una evolución cultural que afecta al modo de hablar y de comunicar la fe: ciertos conceptos se vuelven opacos o pierden resonancia, y es necesario encontrar nuevas formas de expresión significativa (p. 93). En cuanto a la economía, Justo advierte con contundencia: “Sobre este tema no podemos ser ingenuos” (p. 95). La relación entre dinero y acción eclesial requiere una revisión a fondo: no puede pensarse que la evangelización dependa de los recursos económicos, ni pueden mantenerse prácticas que sugieran un intercambio comercial en la vida sacramental. De ahí la invitación a no cobrar por los sacramentos (p. 97), a revisar cuidadosamente la praxis vinculada a estipendios y ofrendas (CIC 945-958) y la afirmación, deliberadamente tajante: “Es mejor que la Iglesia pase penuria económica a que se transmita una imagen comercial y de apego al dinero” (p. 99). No se propone aquí un moralismo voluntarista, sino una auténtica purificación evangélica que, en clave de pobreza, sitúe de nuevo a los pobres en el centro.

El recorrido concluye con una reflexión sobre las articulaciones entre singularidad y comunidad como núcleo de una Iglesia verdaderamente viva. La renovación brota de la relación personal con Jesús mediada eclesialmente en los sacramentos, de manera particular en el bautismo, cuyo sentido eclesial se reclama con fuerza: no se trata de una celebración privada, sino de un acontecimiento

que injerta en Cristo y en su cuerpo. Se señala asimismo la minusvaloración práctica de la confirmación y se aboga por un retorno eucarístico, recordando que la Iglesia nace de la celebración eucarística y se configura como comunidad que escucha, celebra y sirve.

En conjunto, la obra ofrece una toma de posición teológica clara en el debate sobre la reforma eclesial: la renovación no consiste ni en un simple reajuste estructural ni en un repliegue intimista, sino en la reconfiguración de la vida de la Iglesia desde su centro cristológico y pneumatológico, en diálogo crítico con la cultura contemporánea. Su principal fortaleza radica en la capacidad de articular diagnóstico cultural, doctrina eclesiológica y propuestas pastorales sin perder profundidad teológica ni caer en tecnicismos. La escritura es sobria y accesible, con formulaciones suficientemente fuertes como para interpelar, pero sin estridencias.

Desde una perspectiva crítica, podría desearse un desarrollo más amplio de algunos ámbitos –por ejemplo, la dimensión ecuménica de la renovación o la voz de las iglesias de otros contextos culturales–, así como una elaboración más sistemática de la categoría de sinodalidad, que aparece mencionada sobre todo en clave de advertencia frente a su uso como eslogan. Sin embargo, estas ausencias no desmerecen el conjunto, pues este se ofrece más como ensayo de discernimiento que como tratado exhaustivo.

Por su combinación de rigor teológico, sensibilidad espiritual y atención a las mediaciones históricas, aquí se revela una herramienta espacialmente adecuada cualquier interesado en la eclesiología contemporánea. Se invita a pensar la Iglesia no como problema abstracto ni como organización perfectible por mera ingeniería institucional, sino como comunidad llamada a dejar trasparentar, en la fragilidad de su historia, la vida misma de Jesús. En ese sentido, las “claves teológicas y espirituales para la renovación” que propone no se limitan a un diagnóstico del presente, sino que ofrecen criterios fecundos para un camino de reforma en fidelidad al Evangelio.

*Jorge Ricardo González López*<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Universidad Pontificia de Salamanca, España.

Jorge Ricardo Gonzáles López es doctorando en Teología Dogmática por la Universidad Pontificia de Salamanca (desde 2023); médico cirujano y partero por la Universidad Autónoma de Nuevo León; licenciado en Filosofía por el Instituto de la Arquidiócesis de Monterrey; licenciado en Teología por la Universidad de la Arquidiócesis de Monterrey; especialización en Teología Dogmática por la Universidad Pontificia de México.

E-mail: jrgonzalezlo.teo@upsa.es; ORCID: <https://orcid.org/0009-0002-5632-0129>.